

COMPRENDIENDO, SITUANDO Y MOVILIZANDO EL ENFOQUE DEL CURSO DE VIDA. APERTURAS PARA EL DESARROLLO DE INVESTIGACIONES SOCIALES TERRITORIALES DESDE UNA PLATAFORMA TRANSDISCIPLINAR

UNDERSTANDING AND TERRITORIALIZING THE LIFECOURSE APPROACH.
TRANSDISCIPLINARY OPENINGS FOR SOCIAL RESEARCH

Juan Cristóbal Moreno Crossley¹

El enfoque del curso de vida ha ganado atención y notoriedad durante la última década, reconociendo la importancia de estudiar la vida de las personas en toda su duración y complejidad, y relevando la trama de relaciones existente entre la biografía individual y las transformaciones sociales, económicas y culturales que afectan a colectivos humanos instalados en un horizonte histórico determinado. Pese a la generalidad de algunos de sus postulados y a la heterogeneidad de disciplinas y acercamientos que incorporan este enfoque, los principios, conceptos y preguntas desarrolladas desde la perspectiva del curso de vida constituyen insumos valiosos para renovar el campo de los estudios territoriales y avanzar hacia la construcción de un programa de investigación capaz de trascender fronteras disciplinarias. Señalando la necesidad de especificar los posicionamientos ontológicos, epistemológicos y conceptos que están detrás de las principales corrientes en ciencias sociales que enarbolan este enfoque, el presente artículo propone una revisión crítica basada en bibliografía anglosajona y latinoamericana y plantea la posibilidad de estimular el desarrollo de investigaciones que incorporen activamente la mirada del curso de vida para el estudio de migraciones y movilidades.

Palabras clave: curso de vida, territorios, transdisciplina, migraciones

¹ Sociólogo, Magíster en Geografía y Candidato a Doctor en Territorio, Espacio y Sociedad, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. Correo electrónico: jcristobalmoreno@gmail.com

The lifecourse approach has gained attention and notoriety during the last decade, recognizing the importance of studying people's lives in all its duration and complexity, and revealing the web of relationships between individual biography and socioeconomic and cultural transformations that affect human groups in a specific historical context. Despite the generality of some of its postulates and the heterogeneity of disciplines and perspectives that use this approach, the underlying principles, concepts and questions developed by this framework constitute valuable inputs to renew the field of social and territorial studies as well as propose a research programme capable of transcending disciplinary boundaries. Noting the need to specify ontological and epistemological positions and concepts originated in social sciences that support the lifecourse approach, this article proposes a critical review based on Anglo-Saxon and Latin American bibliography and raises the possibility of stimulating the development of academic research that actively incorporate this framework for the study of migration and mobility.

Keywords: lifecourse, territories, transdisciplinary research, migrations

INTRODUCCIÓN

En un hecho reciente, en el marco de la ratificación de la Convención Interamericana de Derechos de las Personas Mayores, la República de Chile declaró su adhesión pública al así llamado *enfoque del curso de vida*. De acuerdo a lo establecido en el texto del Decreto N°162, se plantea que, a efectos oficiales, la noción de “curso de vida” comprende “(...) el continuo de la vida de la persona, desde el inicio de su existencia hasta la última etapa de su vida, que, condicionada por diversos factores, como el familiar, social, económico, ambiental y/o cultural, configuran su situación vital”², fijando –además- el compromiso activo del Estado de

² Decreto N°162 del Ministerio de Relaciones Exteriores del 01 de septiembre de 2017, “Promulga la Convención interamericana sobre la protección de los derechos humanos de las personas mayores”. Ver texto completo en: <https://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1108819>

desarrollar y promover el enfoque del curso de vida en sus políticas públicas, planes y programas, con especial énfasis en la vejez.

A todas luces, este hito formal es reflejo de inquietudes que no sólo se relacionan con la necesidad de enfrentar cambios demográficos profundos (relacionados con el aumento de la esperanza de vida y el envejecimiento) (Lombardo & Krzemien, 2008), sino que reconocen los esfuerzos sistemáticos y sostenidos desde la academia y la sociedad civil por relevar una mirada procesual sobre los fenómenos de la vida, superando la fragmentación implicada en el uso de categorías-estanco (como infancia, juventud, adultez o tercera edad) que fijan roles, escinden y uniformizan experiencias conforme a la edad (Valenzuela, 2015).

Aun cuando las disciplinas de la salud han sido sensibles a esta visión prácticamente desde sus orígenes, las ciencias sociales han incorporado la perspectiva del curso de vida de manera mucho más tardía, destacando especialmente los aportes de escuelas de pensamiento e investigación consolidadas hacia mediados del siglo XX como las de la psicología evolutiva y del desarrollo, los estudios de cohortes en demografía o la sociología del curso de vida, junto a la difusión de metodologías especializadas como los estudios de panel, encuestas longitudinales o la construcción de relatos biográficos e historias de vida (Blanco, 2011; Lombardo & Krzemien, 2008; Pries, 1996).

Por su parte, aunque no estrictamente alineada con el enfoque de curso de vida, existe una tradición significativa en el campo de la geografía humana y los estudios territoriales que ha abordado la reflexión sobre el modo en que se articulan espacio, tiempo, historia y biografías individuales, destacando los esfuerzos de algunas escuelas dentro de la geografía histórica y, más recientemente, de las llamadas “geografías del tiempo” o *time-geography* (Sunyer Martín, 2010). De manera singular, en tanto, un ámbito temático que ha motivado interesantes encuentros entre los estudios territoriales y la mirada del curso de la vida es el estudio de las migraciones, sobre todo en el contexto de trabajos que han

reinterpretado el análisis de los desplazamientos y cambios de residencia desde la perspectiva de la(s) movilidad(es) a lo largo de la vida de las personas y empleando metodologías longitudinales (Findlay et al, 2015).

Además de la atención puesta en observar la vida y las experiencias de las personas en términos de un continuo, con encadenamientos y transiciones, un elemento distintivo que une a estas diversas aproximaciones es la búsqueda por conectar el análisis de la trayectoria vital de los sujetos con patrones de cambio y transformaciones estructurales que afectan de manera agregada a colectivos humanos en un determinado horizonte histórico. Tal como subraya Mercedes Blanco (2011), quizás el principal eje de investigación de las actuales perspectivas y miradas que adhieren al enfoque del curso de vida es su preocupación por analizar *“cómo los eventos históricos y los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales moldean o configuran tanto las vidas individuales como los agregados poblacionales denominados cohortes o generaciones”* (Blanco, 2011: 6).

Teniendo en cuenta lo anterior, se advierten posibilidades altamente promisorias para reinscribir algunas de las preguntas y reflexiones promovidas desde el enfoque del curso de vida desde un abordaje que ponga en el centro al concepto de territorio como herramienta y clave analítica para comprender las experiencias de los sujetos y producir una lectura espacial de la sociedad (Di Meo, 2005).

No obstante, pese a que algunos autores han reclamado el status de *paradigma* para el enfoque del curso de vida (Elder y Giele, 2009), la dispersión de posturas epistemológicas, de teorías, conceptos y métodos limitan el potencial y capacidad de articulación que puede tener esta perspectiva para la construcción de un programa de investigación que promueva encuentros fructíferos entre diferentes miradas y desafíe las fronteras disciplinares convencionales. En este contexto, se advierte una carencia de reflexión y de esfuerzos por explicitar los fundamentos y

posturas epistemológicas comprometidas en muchas de las escuelas y autores que han adscrito al enfoque del curso de la vida.

En respuesta a lo señalado, el presente artículo pretende indagar acerca del posicionamiento epistemológico del enfoque de curso de vida y explorar su potencial para el desarrollo de investigaciones sociales territoriales desde una plataforma transdisciplinar. De modo específico, se proponen las siguientes preguntas de investigación: (a) ¿Qué posturas ontológicas, epistemológicas y metodológicas caracterizan al enfoque del curso de vida?; (b) ¿Qué papel desempeña la experiencia subjetiva en este enfoque y qué diálogo se puede establecer con tradiciones que abordan el estudio biográfico desde otras epistemologías?; y, (c) ¿Qué conceptos desarrollados desde el enfoque de curso de vida son pertinentes para el estudio de los territorios y qué aporte concreto pueden realizar en el área de las investigaciones sobre migraciones y movilidades en América Latina?

Dichas preguntas organizan la discusión de las siguientes tres secciones del documento, las que serán abordadas en base a la exposición y discusión de bibliografía contemporánea de origen anglosajón y latinoamericana, para luego rematar con una conclusión en la que se levantan desafíos y preguntas para profundizar en futuras investigaciones.

EL ENFOQUE DEL CURSO DE VIDA Y SU POSICIONAMIENTO EPISTEMOLÓGICO, ONTOLÓGICO Y METODOLÓGICO

Pese a que la mirada diacrónica sobre el curso de la vida representa un tópico corriente y de antigua data en variadas disciplinas, campos específicos y ámbitos aplicados de investigación en las ciencias sociales, su formalización epistemológica es relativamente reciente. En este sentido, la principal referencia es el trabajo del sociólogo Glenn Elder quien inició sus investigaciones a comienzos de la década de 1970 y, hacia mediados de 1980, consolidó un marco conceptual y analítico general que continúa sirviendo de base en la actualidad para el desarrollo de estudios e

investigación académica con especial influjo en campos de la sociología, demografía, historia y antropología (Blanco, 2011).

El punto de partida de Elder fue una investigación longitudinal sobre las transformaciones en la estructura y la capacidad de las familias para adaptarse ante las crisis, que luego se tradujo en el clásico libro "*Children of the Great Depression. Social change in life experience*". Para el desarrollo de este estudio, Elder se benefició de la disponibilidad de datos cuantitativos recopilados por medio de encuestas repetidas realizadas inicialmente en la década de 1930 a niñas y niños que cursaban estudios primarios y secundarios, a los cuales se dio seguimiento posterior en las décadas de 1940 y 1950, teniendo presente el hito generacional que significó el impacto de la gran depresión económica de 1929 (Elder, 1999).

Uno de los principales hallazgos efectuados por Elder y que encaminó sus siguientes trabajos fue comprobar que la edad de las personas no determinaba de manera forzosa el momento en que éstas asumían roles adultos o les ocurrían diferentes eventos, como contraer matrimonio, insertarse en el mercado laboral o tener hijos/as (Elder, 1999). En este sentido, tiempo, edad, contexto histórico y las estrategias adaptativas que son puestas en práctica por individuos y colectivos, se conjugan como fuerzas modeladoras de una experiencia generacional, que se proyecta sobre las experiencias particulares de los sujetos, pero que, a la vez, se expresa en patrones comunes a toda una cohorte de personas.

Conforme a la evidencia acumulada, Elder se avocó a la tarea de construir un marco de referencia para el enfoque del curso de vida, estructurado sobre cinco principios básicos (Blanco, 2011; Valenzuela, 2015):

- Desarrollo a lo largo de la vida (*lifespan*). Comprende que el desarrollo de las personas es un proceso que comprende desde la vida hasta la muerte, estableciendo la exigencia de enfocar los problemas de investigación en una mirada de largo plazo.

- Agencia (*human agency*). Reivindica la capacidad de agencia de los seres humanos, quienes constituyen activamente el curso de sus vidas, realizando elecciones y participando de múltiples actividades.
- Vidas interconectadas (*linked lives*). Supone la interdependencia y relacionalidad de las vidas humanas. Las experiencias de las personas se construyen en redes de relaciones compartidas, que unen de modo duradero o circunstancial a los sujetos. Es por medio de estas redes que los sujetos reciben las influencias de la sociedad y del tiempo histórico del que participan.
- Sincronización (*timing*). Postula que uno de los principales intereses de la investigación sobre el curso de vida debe ser estudiar el “cuándo”, es decir, en qué momento de la vida les ocurren ciertos eventos a las personas y observar sincronías y diferencias entre individuos que pertenecen a una misma cohorte.
- Tiempo y lugar (*time and place*). El curso de vida de los individuos es moldeado simultáneamente y de manera compleja por la experiencia de vivir en un horizonte temporal e histórico determinado y los lugares que le toca experimentar a cada persona.

A estos principios, Elder añade la definición de tres conceptos de orden operativo que resultan claves para organizar las tareas de producción y análisis de información relevante para el estudio del curso de vida (Blanco, 2011; Valenzuela, 2015):

- Trayectoria. Se refiere a una línea de acontecimientos o un camino en el que se van acumulando las distintas situaciones experimentadas a través de la vida. Las trayectorias de las personas pueden variar y cambiar en dirección, grado y proporción.
- Transición. Implica procesos o cambios de estado, de posición o situación por los que atraviesan las personas (por ejemplo, cambio de roles, cambio de residencia, cambio del hogar o grupo de personas con las que el individuo

comparte), los que no se encuentran predeterminados ni tampoco son absolutamente previsibles.

- Quiebre (turning point). Apunta a eventos específicos y transformadores que gatillan modificaciones y se traducen en virajes en la dirección del curso de vida.

Gracias a su generalidad y simplicidad, estos principios y conceptos han resultado útiles y ordenadores para la práctica investigativa, siendo compatibles, también, con múltiples abordajes teóricos y diversas estrategias metodológicas. Sin embargo, -también debido a su generalidad y simplicidad- estas definiciones no resultan lo suficientemente específicas para establecer un posicionamiento claro y fijar deslindes respecto de otros enfoques y perspectivas.

Considerando esta dificultad, se intentará ordenar la discusión siguiente y precisar diferencias significativas con otros enfoques a partir de tres tomas de posición que, de modo implícito o explícito, son asumidas activamente por el enfoque del curso de vida, a saber: (a) una toma de posición *ontológica*, involucrada en el compromiso con el concepto de “curso de vida” como alternativa a la idea convencional de “ciclo de vida”; (b) una toma de posición *epistemológica*, derivada del alejamiento de un modelo de explicación causal-sincrónico; y, (c) una toma de posición *metodológica*, presupuesta en formas de observación que estimulan la combinación de niveles de análisis (micro, meso y macro), como alternativa al individualismo metodológico.

Con respecto a lo primero, es interesante subrayar la distinción operada entre los conceptos de ciclo de vida y curso de vida. Si bien existen matices y, en muchos casos, ambos conceptos son ocupados como sinónimos, el enfoque del curso de vida escoge deliberadamente este último término como un modo de superar una visión determinista o lineal del desarrollo de la vida humana.

Aunque los aportes realizados especialmente por la psicología evolutiva y la psicología del desarrollo -destacando notoriamente el trabajo de Erikson- no

debieran conducir a una interpretación reduccionista de la noción de “ciclo de vida”, es corriente que este concepto sea vinculado con un modelo de desarrollo lineal de la vida humana, donde se espera que las personas transiten por una serie de etapas consecutivas, cuyo inicio y término puede ser fijado de manera relativamente clara y en estrecha asociación con la edad (Blanco, 2011; Lombardo & Krzemien, 2008).

El concepto de curso de vida, entonces, reclama la posibilidad de un futuro abierto, donde si bien puede observarse una cierta normalidad estadística o patrones de comportamiento esperados, dichas pautas no prefiguran ni someten a los sujetos a realizar un cierto modelo de trayectoria lineal. Por otro lado, la noción de curso de vida implica también un reconocimiento al valor de toda la duración de la vida humana, evitando establecer a priori que algunas etapas sean menos significativas que otras y poniendo énfasis en que la evaluación del estado o condición de las personas debe considerar toda su trayectoria vital.

Como segunda ruptura relevante, el enfoque del curso de vida propone un modelo explicativo que, manteniéndose en los cánones de una epistemología realista y objetivista, plantea variantes al modo convencional de producir explicación científica y, en particular, a modelos que persiguen la generalización de relaciones causales sin tomar en cuenta el papel de la historia y el encadenamiento de eventos en la trayectoria de las personas. En lugar de presuponer causalidad forzosa y resultados predeterminados en función de un conjunto de variables observadas, el enfoque del curso de sugiere la posibilidad de que ciertas acciones o eventos que acontecen en la vida de las personas puedan realizarse con mayor o menor grado de probabilidad dependiendo de hechos anteriores y del momento (*timing*) en que éstos ocurrieron (Mayer, 2004).

Según comenta Mayer (2004), la principal pregunta explicativa para la investigación del curso de vida apunta a precisar si ciertos resultados observados en las trayectorias de las personas son generados no sólo por condiciones situacionales, personales o contextuales, sino también por experiencias y recursos

adquiridos en etapas anteriores de la biografía. Bajo esta premisa, la probabilidad de ocurrencia de un determinado evento no será igual para dos personas que, aunque en la actualidad presenten características semejantes, han experimentado sucesos disímiles a lo largo de su trayectoria. Asimismo, las explicaciones se construirán siempre en función de hipótesis longitudinales que relacionan la trayectoria de los individuos con una cierta probabilidad de producir resultados de uno u otro tipo a futuro y donde la capacidad de agencia de los sujetos es relevada en la medida que las personas logren materializar resultados menos probables o puedan seleccionar cursos de acción con mayor libertad sobre el conjunto de posibilidades que permanecen abiertas.

Por último, en términos metodológicos, el enfoque del curso de vida también propone un quiebre (parcial) respecto del individualismo metodológico, predominante en el marco de las ciencias sociales positivistas. En este sentido, tal como ya se ha señalado, uno de los principales énfasis que introduce la perspectiva del curso de vida es la *relacionalidad*, que puede pensarse en dos dimensiones: por un lado, en función de los contactos o conexiones que establecen los sujetos con otras personas en sus vidas y, por otro, en función de los múltiples planos o escalas involucradas. La primera de estas dimensiones se asocia con el principio de vidas interconectadas, mientras que la segunda apunta a la posibilidad de observar procesos sociales que relacionan diferentes unidades de análisis e información, las que, típicamente, aparecen escindidas en la práctica investigativa en términos de estudios que apuntan a describir fenómenos de nivel micro, meso o macro social (Elder, 2002).

Según afirma Mayer (2004) el estudio del curso de vida es siempre un ejercicio multinivel y multidimensional, donde las trayectorias individuales son vistas como parte y producto de procesos sociales e históricos, a la vez que pueden ser analizadas en función de dominios mutuamente influenciados y relacionados (trabajo, familia, educación, etc.).

Aunque solo excepcionalmente esta pretensión se traduce en diseños de investigación que incorporan de modo sistemático registros o perspectivas múltiples, los estudios elaborados desde este enfoque conservan siempre la aspiración de reconstruir, al menos, analíticamente, las relaciones bidireccionales e influencias cruzadas entre procesos individuales y agregados (Blanco, 2011). De esta forma, la autonomía y capacidad de elección racional de los actores resulta matizada en atención a determinaciones de orden estructural que condicionan y establecen un marco de referencia para interpretar sus acciones. En este orden, se destaca el ejercicio iterativo propuesto en estudios demográficos sobre el curso de vida de relacionar y comparar decisiones individuales con la norma estadística dada por el comportamiento promedio de la cohorte a la que pertenece el individuo (Pries, 1996). En este sentido, aunque la información utilizada se base exclusivamente en registros individuales, el grupo de referencia opera como contexto de interpretación y medida del grado de libertad y capacidad de agencia de los sujetos, en lugar de servir como modelo o pauta invariante de comportamiento (Elder, 2002).

EL VALOR DE LA EXPERIENCIA SUBJETIVA EN LA HISTORIA FAMILIAR, LAS NARRATIVAS Y PRÁCTICAS ESPACIALES: ¿UN RELATO ALTERNATIVO DEL CURSO DE VIDA?

En la descripción seguida hasta ahora, nos hemos enfocado en rendir cuenta de características generales del enfoque del curso de vida en términos de su formulación más extendida, que refiere a los estudios demográficos y a la sociología del curso de vida. En ambas matrices disciplinares es predominante una orientación epistemológica de carácter realista-objetivista y una clara preferencia por investigaciones de tipo cuantitativo, donde el concepto de cohorte y el instrumento de la encuesta panel o longitudinal emergen como aquellos recursos de uso más frecuente.

Sin embargo, existe también una dilatada tradición de estudios cualitativos y propuestas ancladas en otros referentes epistemológicos que también reclaman un abordaje exhaustivo del curso de vida y donde, a pesar de sus desdoblamientos

epistémicos y metodológicos, pueden apreciarse interesantes puntos de contacto y orientaciones consistentes con los principios y conceptos establecidos por Elder que fueron reseñados en la sección anterior.

Su especificidad, en este caso, está dada por el uso de las narrativas, experiencias y prácticas subjetivas como material de acceso preferente para reconstruir trayectorias individuales y colectivas a través del curso de vida. Las variantes y particularidades que se reconocen dentro de esta tradición, en tanto, responden a su desarrollo al abrigo de ciertas disciplinas, resaltando, entre otras: (i) una vertiente surgida desde la historia (que tiene una aplicación sumamente elaborada en el subcampo de la historia de las familias); (ii) una profusa línea de estudios en sociología y antropología instalados en una epistemología fenomenológica (cohesionados, principalmente, por el empleo sistemático de la metodología de las historias de vida); y, (iii) la aproximación propuesta de manera específica en el marco de la geografía histórica y geografía humana relativa a la geografía del tiempo o *time-geography*.

A estas tres corrientes se hará breve referencia a continuación, describiendo algunos antecedentes y características centrales y observando en qué medida se hacen cargo del estudio del curso de vida y de los principios ya comentados. Si bien pueden hallarse también conexiones pertinentes con algunas escuelas de la etnografía, no se ahondará en esta tradición, pues en atención a su mayor autonomía y complejidad.

En el contexto de los estudios historiográficos y, en paralelo al trabajo de Elder, Tamara Hareven (1995) abrió, por su parte, una interesante veta al proponer un enfoque de investigación sobre las familias que apunta en dos direcciones: (a) en comprender que las vidas individuales se encuentran articuladas y permiten una lectura del tiempo histórico; y, (b) en relevar la intensidad de tramas de relaciones significativas que vinculan a personas durante el tiempo, abandonando la pretensión de estudiar a las familias como una unidades estables y cohesionadas.

Desafiando convenciones en el campo de la historiografía de comienzos de la década de 1970 y a tono con las propuestas emergidas desde la “nueva historia social”, Hareven postulaba que la familia –pensada como red de actores y grupo de referencia que sigue a los individuos a través de su vida, conectando pasado y futuro- provee de un marco inmejorable de observación para analizar conexiones entre la historia individual (micro) y las historias colectivas ligadas a identidades nacionales, regionales y de grandes categorías de población (Hareven, 1995) . Para hacer viable esta aproximación, se requería de múltiples perspectivas, por lo que las metodologías historiográficas debían, asimismo, complementarse con los diagnósticos levantados desde la sociología, demografía y antropología.

Su principal objetivo, en este sentido, era observar a las familias como colectivos complejos y que experimentan transiciones no predeterminadas en su desarrollo. Por tanto, en lugar de pensar en una idea cíclica, donde las familias pasaban por etapas comunes y con una duración definida, Hareven señalaba la necesidad de estudiar esquemas de relaciones entre sus miembros, estudiar los cambios en la composición familiar, los quiebres o puntos de inflexión que enfrentaban y el papel de la familia como institución normativa y orientadora de comportamientos individuales.

Como relato histórico pormenorizado de las dinámicas de composición y recomposición familiar (inscrita en una mirada de largo aliento, que asigna un particular valor al papel de las redes y a la influencia de macroprocesos sobre elecciones y comportamientos individuales), la perspectiva inaugurada por Hareven resulta muy cercana a la lógica y principios de Elder, destacando especialmente su énfasis en el principio de vidas interconectadas.

Una segunda corriente de interés en este orden se relaciona con la producción de “historias de vida”, en tanto metodología y enfoque de investigación con amplio desarrollo en el campo de la antropología y sociología. Entre sus raíces y precedentes más destacados, una referencia obligada suele ser el conocido

(aunque tardíamente difundido) estudio de Thomas y Znaniecki, titulado “El campesino polaco en Europa y América”, obra en cinco volúmenes basada principalmente en el estudio de cartas y concluida en 1920 que relataba las experiencias de migrantes polacos que arribaban a Estados Unidos y de sus familiares que permanecían en Europa. Según se ha planteado, el interés por trabajar con el material epistolar de ambos autores se habría generado como una alternativa práctica ante la escasa disponibilidad de información cuantitativa que permitiera una caracterización extensiva del fenómeno migratorio (Nilsen, 2008). Revalorizada hacia la segunda mitad del siglo veinte, la titánica obra de ambos autores, constituye un hito en varios sentidos, destacando especialmente el desarrollo de una metodología biográfica y narrativa, el foco puesto en las redes interpersonales y el seguimiento de trayectorias de vida a través del tiempo.

Desde la antropología, son especialmente relevantes, entre otros, los trabajos de Franz Boas y Roger Bastide, quienes ocuparon activamente el relato biográfico como soporte para develar estructuras, vincular planos individuales y colectivos de experiencia, y capturar significados profundos de las prácticas de los grupos humanos (Veras, 2010). Uno de los principales aportes de esta tradición es el uso instrumental del estudio de trayectorias biográficas como recurso que facilita un análisis que conecta lo textual y lo contextual, lo explícito y lo latente. También debe señalarse como referente significativo los aportes de la sociología del mundo de la vida (*lebenswelt*) que recogió y revitalizó el enfoque fenomenológico de la filosofía de Husserl, afirmando en su propio mérito la pertinencia de emplear métodos cualitativos e interpretativos que permitieran aproximarse a la experiencia subjetiva (Ferrarotti, 2011; Nilsen, 2008; González Monteagudo, 1996).

Las historias de vida, específicamente, se posicionan como un método de investigación cualitativo que trabaja sobre la posibilidad de reconstruir la trayectoria vital de individuos desde la propia perspectiva y experiencia de los sujetos, con base en sesiones repetidas de entrevistas en profundidad que permitan decantar un relato coherente y estructurado (González Monteagudo, 1996) y, menos

frecuentemente, a través de la escritura o relato autobiográfico. Desde la mirada de Franco Ferrarotti (2007), la elección de esta metodología supone un desafío a la práctica investigativa habitual y a la propia posición asumida por el científico social, quien co-construye la narración biográfica con los sujetos a quienes busca retratar, valorando su experiencia en términos de un proceso situado espaciotemporalmente.

A diferencia del enfoque “clásico” de la sociología del curso de la vida y de sus aplicaciones demográficas e históricas, la investigación desarrollada en torno a la metodología de historias de vida rechaza la artificialidad de una historia fáctica, contada como una secuencia de hechos externos a la experiencia y valoraciones de los sujetos. En su lugar, se instala la necesidad epistemológica de producir una historia experimentada por los sujetos, tal como ellas o ellos la vivieron y sintieron, como estrategia dialéctica que permite revelar desde un texto original, propio y coherente, la presencia e intensidad de relaciones de fuerza y su efecto sobre los cursos de acción tomados por los sujetos a lo largo de su vida. Tal como enfatiza Ferrarotti, “(...) *la historia de vida se me presenta entonces como una historia de constricciones que pesan sobre el individuo —un conjunto de condicionamientos más o menos determinantes—, y al mismo tiempo como un complejo de estrategias de liberación, que el individuo pone en juego aprovechando las “buenas ocasiones”, los atisbos intersticiales*” (Ferrarotti, 2007: 14). Asimismo, permite identificar “áreas problemáticas”, que pueden referirse a las instituciones de socialización primaria (como la familia y la escuela), la vida sexual, el trabajo, la emancipación y la construcción de relaciones de pareja y familiares, entre otras.

La propuesta de las historias de vida también ha impactado significativamente sobre la investigación cualitativa en el campo de la geografía humana, que ha reconocido en esta metodología una posibilidad concreta de indagar en prácticas espaciales y en la profundidad de sus significados. Según expone Lindón, las metodologías cualitativas y, en particular, aquellas estrategias orientadas a producir una “narrativa de vida espacial” constituyen “(...) una ventana

para aproximarse a los significados que los sujetos le otorgan a los lugares, a las prácticas espacializadas, a los significados del hacer espacial del sujeto, a la experiencia espacial de manera integral” (Lindón, 2008: 13).

Siguiendo esta lectura, las “historias de vida” representan una tradición que, inspirada en referentes epistemológicos completamente disímiles, alcanza llamativas coincidencias con el enfoque del curso de vida, en particular en lo relativo a la necesidad de estudiar la trayectoria humana a lo largo de toda la vida, en la apuesta por capturar en toda su densidad la importancia de las redes y de relaciones construidas con otros sujetos y con las instituciones, además de su manifiesta orientación hacia el estudio longitudinal. No obstante, el relato biográfico producido mediante esta aproximación se caracteriza por tomar un punto de vista situado y singular, que no aspira a la generalización ni al contraste empírico, sino a la comprensión de un sentido y de una experiencia subjetiva por la que se filtran las sujeciones y determinaciones estructurales. Tal como destaca Ferrarotti, detrás de la elección del método de las historias de vida descansa el convencimiento de entender al ser humano como un proceso y no como un dato, donde “(...) *las “leyes” que tienen que ver con él, no pueden ser timeless y spaceless, válidas en cualquier contexto e intemporales*” (Ferrarotti, 2007: 21),

En tercer lugar, una línea investigativa de especial valor en la dirección de hallar puntos de encuentro entre el enfoque del curso de vida y los estudios territoriales corresponde a la propuesta de la geografía del tiempo o *time-geography*, corriente inscrita en el contexto de la geografía histórica y la geografía humana crítica. Originada hacia fines de la década de 1960 en el seno de la así llamada escuela de Lund y teniendo como principal referencia el trabajo fundacional de Torsten Hägerstrand, quien ensayó el análisis de trayectorias biográficas como un modo de aproximarse a la descripción de transformaciones históricas y espaciales de orden macro.

Desde su visión, el estudio de comportamientos territoriales (como las migraciones) con base en agregados poblacionales oscurecía la posibilidad de realizar una descripción apropiada de los patrones de movimiento humano. Como alternativa, Hagestrand se enfocó en la reconstrucción de patrones que podrían ser representados de modo gráfico considerando dos ejes ortogonales que describen los recorridos de las personas, desde un punto de inicio a un punto de destino, a modo de un desplazamiento simultáneo a través del tiempo y el espacio. Cada individuo, entonces, realiza un determinado patrón, que presupone una elección única y original respecto de otras múltiples alternativas posibles dada una cierta cantidad de tiempo disponible y refleja, también, el resultado de determinaciones estructurales que escapan a su control o capacidad de decisión, las que se tematizan como barreras espacio-temporales (Hagerstrand, 1975).

Pese a su importante impacto a nivel disciplinar y a la amplia producción académica derivada de su influencia, la geografía del tiempo tendió a centrar luego su atención en la construcción de modelos detallados, enfocados en la descripción de las prácticas cotidianas de desplazamiento, más que a la observación de prácticas espaciales de larga duración y articuladas con la biografía individual. Por otro lado, sin perjuicio de su orientación crítica, esta escuela fue objeto de cuestionamientos posteriores relacionados con un sesgo reduccionista o simplificador sobre capacidad de agencia de los sujetos, además de no tomar en cuenta procesos sociales que inciden en la conformación de barreras (Sunyer Martín, 2010).

La propuesta de la geografía del tiempo tiene, sin lugar a dudas, una relevancia pionera en la instalación de una agenda de investigación que privilegia el estudio de las prácticas de los sujetos por sobre la descripción genérica del espacio geográfico y sus particularidades. Tal como insta Lindón, los desafíos contemporáneos que enfrenta la geografía humana son consistentes con esta orientación fundamental, siendo prioritario desarrollar la capacidad de “leer” prácticas espacializadas, las que no sólo pueden ser construidas desde vectores

espacio-temporales, sino también desde la experiencia de los sujetos, como se verá en la sección siguiente (Lindón, 2008). Por otra parte, en correlato con la discusión realizada sobre los principios del curso de vida, es posible identificar en la propuesta de la geografía del tiempo un esfuerzo seminal por abordar de manera rigurosa la sincronía tiempo-lugar, donde las trayectorias de las personas surgen de circunstancias y experiencias concretas y espacializadas y donde el tiempo emerge como una medida de la libertad o capacidad de agencia de los sujetos en los territorios.

CONCEPTOS DEL ENFOQUE DEL CURSO DE VIDA PERTINENTES PARA LA INVESTIGACIÓN TERRITORIAL Y SU APLICACIÓN ESPECÍFICA AL CAMPO DE ESTUDIO DE LA MIGRACIÓN Y LA MOVILIDAD

Como se ha visto en las secciones anteriores, la mirada propuesta por el enfoque del curso de la vida no sólo se caracteriza como holística –en el sentido de ocuparse, por principio, de la duración completa de la vida humana- sino que también adhiere a una serie de premisas operativas que enfatizan el carácter relacional, complejo y múltiple de las trayectorias de los individuos, además de su capacidad de agencia. Asimismo y, de modo específico, la propuesta de Elder incorporaba la espacialidad (en términos de anclaje tiempo-espacial o tiempo-lugar) como un principio de igual relevancia, entendiendo que la trayectoria vital es producida simultáneamente en el tiempo y en el espacio, y que los lugares y territorios que son experimentados por las personas desempeñan un papel constitutivo de dicha trayectoria.

Considerando, entonces, que el propio enfoque del curso de vida plantea, por principio, un punto de vista espacializado, su integración con las perspectivas de los estudios geográficos, territoriales y urbanos no debiese ser problemática, favoreciendo intercambios productivos y ganancias recíprocas. No obstante lo anterior, a juicio de Findlay et al (2015), este principio suele ser a menudo omitido o sólo débilmente considerado en numerosas investigaciones que adhieren explícitamente al enfoque del curso de la vida, particularmente en el campo de los

estudios sobre migraciones. En opinión de estos autores, el espacio debería ser considerado como un contexto activo en vez de un atributo pasivo, en estrecha articulación con la lectura contemporánea propuesta desde el concepto de la(s) movilidad(es).

La noción de movilidad supone, en principio, el despliegue y generalización de prácticas sociales dinámicas, espacialmente situadas y diferenciadas. Dicha mirada adquiere un sitial particularmente relevante en el marco de estudios sobre los desplazamientos cotidianos, sobre modos de vida y experiencias del habitar que desafían los procesos de construcción territorial vinculados a patrones rígidos o estables de localización residencial, y sobre la apropiación diferencial de los espacios urbanos de manera sensible a variables de género, edad y etnicidad.

Siguiendo lo señalado por Findlay et al (2015), la movilidad implica una forma de relación a través de la cual el mundo es experimentado y entendido, y sus principales consecuencias sobre el estudio de las migraciones suponen dejar de entender fenómenos como el de la migración o la movilidad residencial en términos de eventos singulares, situados en un momento determinado del tiempo y causados por decisiones de individuos aislados, uniformes y racionales. En consecuencia, las migraciones –junto a otras múltiples movilidades- pasan a ser definidas por su *relacionalidad*, que envuelve y vincula las vidas de diferentes personas, que se experimenta en el tiempo y en el espacio y a través del curso de la vida (Findlay et al, 2015).

De otra parte, la perspectiva de la movilidad contribuye a romper el confinamiento de la investigación del curso de vida en el marco de las fronteras disciplinarias convencionales, planteando una nueva relación con la producción de conocimiento, que apunta al estudio de sujetos performativos y situados en el tiempo y en el espacio, en sustitución de una práctica investigativa que observa a dichos sujetos desde fuera y cosificados en términos de objetos de estudio. Esta mirada es consistente con la propuesta de las geografías holográficas y

constructivistas desarrollada, entre otros, por Lindón, que aboga por una noción situada y espacialmente fuerte de sujeto, al que se piensa como sujeto-habitante. En palabras de Lindón, “(...) *la figura del habitante es una de las entradas analíticas de mayor potencialidad para comprender el espacio*”, reuniendo indisociablemente y en una unidad compleja al sujeto con el espacio, pues “*sólo se puede ser habitante de algún lugar*” (Lindón, 2010: 289).

En este sentido, la aplicación del enfoque del curso de vida en la investigación territorial precisa desarrollar lo que Lindón -siguiendo a Di Meo- denomina una “observación densa” sobre la espacialidad, centrada en la “*observación del hacer en el espacio*” de las y los sujetos habitantes, lo que, en coherencia, implicaría simultáneamente una “*observación del hacer en el tiempo y en el espacio*”, donde la relevancia de la temporalidad se relaciona con duraciones significativas para la vida humana (Lindón, 2008). Las trayectorias de vida de personas serían comprendidas, entonces, como trayectorias de vida que relacionan y crean redes entre lugares, dando origen a transiciones que conectan el desplazamiento espacial con hitos vitales tales como la participación en el sistema escolar, la conformación de relaciones de pareja, la inserción al mercado laboral, la emancipación del hogar paterno-materno, tener hijos/as, etc.

De otra parte, son variados los aportes conceptuales que el enfoque del curso de vida puede efectuar, en la dirección de enriquecer estudios sobre las migraciones elaborados desde una óptica sensible al espacio y el territorio. En primer lugar, se destaca la idea de desarrollo a lo largo de la vida, que implica desplazar el foco de estudio desde lo transversal a lo longitudinal, y desde la experiencia (separada) en el lugar de origen y destino de la migración, a una mirada que observa los cambios de residencia de manera articulada y en un continuo temporal, con consecuencias determinantes en el mediano y largo plazo para la vida de las personas. De esta forma, se vuelven más importantes las vivencias y transiciones que enfrentan los sujetos en el proceso de cambiar de residencia (desplazamiento espacial a la vez que momento de quiebre biográfico) que las brechas identificadas al comparar la

situación de los individuos en el punto de origen y en el punto de destino de la migración (observados como dos cortes transversales y distanciados en el tiempo y en el espacio).

Luego, otro aporte fundamental que realiza el enfoque del curso de vida remite a la comprensión de las vidas humanas en términos de trayectorias ligadas e interdependientes. En este plano, si la adaptación del enfoque del curso de vida a los estudios territoriales exige de una “*espacialidad densa*”, la incorporación de la mirada del curso de vida en el campo de los estudios territoriales debiese impregnar a estos últimos de una “*socialidad densa*”, donde el análisis de fenómenos tales como los desplazamientos geográficos debiese poner de relieve la forma en cómo éstos se originan e impactan sobre una compleja trama de relaciones interpersonales y donde se ponen en juego tanto aspectos instrumentales y funcionales como afectivos. En el caso de los estudios sobre migraciones y movilidades residenciales, esto se traduce, según la propuesta de Coulter et al (2016) en la búsqueda por repensar estos temas en términos de prácticas relacionales que vinculan a personas y a sus vidas y las conectan con condiciones estructurales que les afectan a través del tiempo y el espacio.

En este orden de consideraciones, tal como afirma Rodríguez (2004) a la luz de la emergencia de nuevos patrones en América Latina, muchas de las decisiones migratorias pueden ser comprendidas de mejor manera a través de modelos que reconocen movilidades alejadas de una pauta de racionalidad instrumental basada en la maximización de beneficios económicos directos y que consideran, entre otros factores, el papel de las redes familiares: “(...) aunque el bienestar individual puede depender en gran medida de los ingresos personales, tal decisión involucra al grupo familiar que se traslada y, por tanto, hay más intereses en juego que los puramente individuales”, redundando en decisiones “que no acarrearán ganancias netas de ingresos para el jefe de hogar pero aportan beneficios para otros miembros del hogar” (Rodríguez, 2004: 130).

Por último, quizás como corolario a los aportes anteriores, debe destacarse la pertinencia de incluir un concepto de temporalidad relacionado con el curso de vida a los análisis sobre la migración y las movilidades territoriales. Acogiendo el llamado que hace Mills (2000) se vuelve necesario “*darle espacio al tiempo*”, idea que resulta provocadora en el sentido de comprender las temporalidades que son puestas en juego por las personas y sus resonancias biopolíticas, toda vez que entender que lo prematuro o tardío de una determinada decisión o evento es un juicio socialmente construido y profundamente encadenado a las expectativas y duración de la vida humana, además de influido por diferentes modos de medición del tiempo.

Los estudios sobre migraciones, por tanto, pueden realizar progresos sustantivos en la medida en que el análisis de la experiencia migratoria y de sus contextos decisorios acompañe el examen del *dónde* (típicamente observado en términos de un flujo que observa el desplazamiento desde un lugar hacia otro, separados en el espacio y con características diferentes) con una reflexión sobre el *cuándo* (el momento o timing en que la migración ocurre en el contexto de la vida humana), reflexión que debe articularse y confrontarse tanto con una norma o pauta esperada, como con las expectativas y trayectoria vital de la persona.

Conforme a esta definición, se plantean retos específicos relativos al tipo de metodologías de recolección de información, las que -sean cualitativas o cuantitativas- deben habilitar la observación de sujetos a través del tiempo. Los instrumentos transversales (como encuestas, catastros o registros estáticos), en cambio, no serían adecuados toda vez que no consiguen describir trayectorias y sólo permiten observar correlaciones circunstanciales entre atributos observables en un momento específico.

CONCLUSIÓN

Tal como se ha visto, el uso de conceptos vinculados al enfoque del curso de vida propone una serie de aperturas y posibilidades para la construcción de investigaciones transdisciplinarias, bajo la perspectiva de comprender la vida humana en términos de una trayectoria en la que se acumulan eventos, vivencias y significados, y que se orienta hacia un futuro no necesariamente anticipado o predeterminado. Desde este enfoque, la capacidad de agencia de los sujetos juega un papel sumamente relevante y las principales limitantes u obstáculos al ejercicio del libre albedrío proceden de la propia trayectoria o historia de vida de los sujetos (aquello que les ha ocurrido, más tarde o más temprano que a otros, y las transiciones que están experimentando actualmente) y de la trama compleja de relaciones que los vincula con las vidas de otras personas.

En esta interpretación es posible hallar ecos filosóficos que entroncan con la visión de Heidegger, de un sujeto “arrojado”, que “está siendo” en el mundo, desvuelto de abstracciones y liberado de categorizaciones ajenas que no sean impuestas más que por su propio devenir. Esta mirada contingente, abierta al futuro, que propone el enfoque del curso de vida, no sólo apela a una renovación teórica y metodológica de la práctica investigativa, sino también a movilizar una mayor articulación en la producción de las ciencias sociales, donde confluyan diagnósticos desde la sociología, la antropología, demografía, historia, geografía y economía y donde sea posible ligar diferentes escalas, dimensiones o niveles de análisis.

Según se expuso, además, este enfoque es versátil y puede motivar encuentros (inesperados) entre epistemologías diversas, pues el desarrollo de una perspectiva longitudinal y sensible al curso de vida representa un desafío que puede ser abordado empleando el instrumental de una epistemología realista-objetivista, como también desde los recursos provistos por una epistemología que se define como fenomenológica o idiográfica. A su vez, en un plano metodológico, también puede alcanzarse complementariedad entre registros cuantitativos y cualitativos,

aun cuando el tipo de relato o reconstrucción elaborada sobre las trayectorias vitales se sustente en materiales diferentes: el encadenamiento secuencial de eventos y la medición de la magnitud del cambio, en el caso de las aproximaciones cuantitativas, y la producción de un relato biográfico que organiza la experiencia subjetiva de los actores, en el caso de las aproximaciones cualitativas.

En vista de lo anterior, los principios y conceptos sobre el curso de vida formulados por Elder -pese a su generalidad y laxitud- siguen plenamente vigentes y constituyen una contribución significativa a fomentar el diálogo entre múltiples miradas. Específicamente, además, la referencia explícita a la espacialidad presupuesta en el principio de “tiempo-lugar”, sugiere un potencial para estimular que los estudios territoriales incorporen de manera productiva y sistemática el enfoque del curso de vida, a la vez que debiese empujar a dicho enfoque a desarrollar una mayor sensibilidad sobre el papel del espacio y la territorialidad en el desarrollo de las vidas humanas.

Asimismo, el enfoque del curso de vida entrega herramientas valiosas para la investigación territorial, destacando su compromiso con una “socialidad densa” derivada de la importancia crucial que se le asigna a las redes sociales, y un marco de interpretación de las articulaciones espacio-temporales vinculado al propio concepto de trayectoria.

Finalmente, en el contexto del estudio de las migraciones, se advierten evidentes conexiones y posibilidades, pues las movilidades geográficas y cambios de residencia están estrechamente relacionadas con transiciones experimentadas por las personas a través de su vida (incluyendo la movilidad vinculada a los estudios, la búsqueda o cambio de empleo, junto a decisiones complejas adoptadas por las familias para acceder a oportunidades y disfrutar de un mayor bienestar, teniendo en consideración las necesidades o aspiraciones de todos sus integrantes) y orientadas, de una u otra forma, en la dirección de satisfacer expectativas de movilidad social ascendente. En este orden de consideraciones, el enfoque del

curso de vida provee al estudio de las migraciones de preguntas específicas relacionadas con el “timing” de la migración y con los condicionamientos que la trayectoria o experiencia de vida de las personas generan sobre su capacidad de agencia y movilidad espacial.

BIBLIOGRAFÍA

BLANCO, Mercedes

2011 “El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo”. Revista Latinoamericana de Población, 5(8), 5-31.

COULTER, Rory, HAM, Maarten V., & FINDLAY, Allan M.

2016 “Re-thinking residential mobility: Linking lives through time and space”. Progress in Human Geography, 40(3), 352-374.

DI MÉO, Guy

2005 “L'espace social: Lecture géographique des sociétés”. Armand Colin.

ELDER, Glen

1999 “Children Of The Great Depression. Social Change In Life Experience”. Boulder (Colorado): Westview Press.

2002 “Historical times and lives: a journey through time and space”. En Erin Phelps, Frank F. Furstenberg, Anne Colby (eds.), *Looking At Lives: American Longitudinal Studies Of The 20th Century*, Nueva York: Russell Sage

ELDER, Glen & GIELE, Janet (eds.)

2009 “The Craft of Life Course Research”. Nueva York: The Guilford Press.

FERRAROTTI, Franco

2011 “Las historias de vida como método”. *Acta sociológica*, 1(56).

FINDLAY, Allan, MCCOLLUM, David, COULTER, Rory & GAYLE, Vernon

2015 “New mobilities across the life course: A framework for analysing demographically linked drivers of migration”. *Population, Space and Place*, 21(4), 390-402.

GONZÁLEZ MONTEAGUDO, José

1996 "Las historias de vida: aspectos históricos, teóricos y epistemológicos".
Cuestiones pedagógicas, 12, 223-242.

HÄGERSTRAND, Torsten

1975 "Space, time and human conditions". *Dynamic allocation of urban space*, 3.

HAREVEN, Tamara K.

1995 "Historia de la familia y la complejidad del cambio social". *Revista de
demografía histórica*, 13(1), 99-150.

LINDÓN, Alicia

2008 "De las geografías constructivistas a las narrativas de vida espaciales como
metodologías geográficas cualitativas". *Revista da ANPEGE*, 4(04), 7-26.

2010 "Invirtiendo el punto de vista: las geografías urbanas holográficas del sujeto".
En: Gerardo Bocco. *Giros de geografía humana: desafíos y horizontes* (pp.
143-174). Anthropos.

LOMBARDO, Enrique & KRZEMIEN, Deisy

2008 "La Psicología del curso de vida en el marco de la Psicología del Desarrollo".
Revista argentina de sociología, 6(10), 111-120.

MAYER, Karl U.

2004 "Whose Lives? How History, Societies and Institutions Define and Shape Life
Courses". *Research in Human Development*, 1 (3), 161-187.

MILLS, Melinda

2000 "Providing space for time: The impact of temporality on life course research".
Time & Society, 9(1), 91-127.

NILSEN, Ann

2008 "From questions of methods to epistemological issues: The case of
biographical research". *The SAGE handbook of social research methods*, 81-
94.

PRIES, Ludger

1996 "Institucionalización o desinstitucionalización del curso de vida? Biografía y sociedad como un enfoque integrativo e interdisciplinario". *Estudios demográficos y urbanos*, 395-417.

RODRÍGUEZ, Jorge

2004 "Migración interna en América Latina y el Caribe: estudio regional del período 1980-2000". Cepal.

SUNYER MARTÍN, Pedro

2010 "La geografía histórica y las nuevas tendencias de la geografía humana". En *Giros de geografía humana: desafíos y horizontes* (pp. 143-174). Anthropos.

VALENZUELA, Leandro S.

2015 "Las trayectorias de vida y el análisis de curso de vida como fuentes de conocimiento y orientación de políticas sociales". *Revista Perspectivas: Notas sobre intervención y acción social*, (21), 27-53.

VERAS, Eliane

2010 "Historia de vida: ¿Un método para las ciencias sociales?". *Cinta de Moebio*, (39), 142-152.

Recibido: diciembre de 2021

Aceptado: Abril de 2022